

## Balances de una década: las transformaciones de la relación entre sociedad y política en la América Latina del Siglo XXI

**Presentación:**  
**Gerardo Aboy Carlés\***

Es un lugar común sostener que América Latina ha comenzado a vivir un tiempo de transición: aquél ciclo caracterizado por la proliferación de gobiernos que hicieron un énfasis en la distribución del ingreso, más allá de que dicho acento alcanzara o no su implementación en políticas públicas concretas, habría comenzado a eclipsarse. El reciente recambio gubernamental en Argentina, el agotamiento del proceso venezolano, la derrota de Evo Morales en el referéndum constitucional de Bolivia, las dificultades económicas que atraviesa Ecuador o la aguda crisis institucional que atraviesa Brasil al momento de escribir estas páginas, serían la prueba ineludible de dicho “cambio de época”. La polémica distinción popularizada por Jorge Castañeda entre dos izquierdas; la una “moderna, democrática, globalizada y orientada al mercado”; la otra caracterizada por el ex canciller mexicano como “retrógrada, populista, autoritaria, estatista y antiestadounidense” no alcanzaría para leer allí un fracaso circunscripto a aquello que, no sin imprecisión, se califica como “populismo”. Toda vez que el Brasil del PT, hoy inmerso en la recesión y la crisis institucional, era para el autor el numen de aquella “izquierda moderna”, esa lectura necesitaría recuperar su lozanía a partir de insostenibles hipótesis ad hoc como aquella que postulara que la administración más ortodoxa de Rouseff supuso un giro de corte nacional-popular respecto a los gobiernos de Lula. No parece residir entonces en la naturaleza de las distintas izquierdas la raíz de los problemas que una parte importante de la región atraviesa en la actualidad, aunque sin duda los distintos contextos y densidades institucionales de cada realidad den forma a escenarios muy diferentes.

La selección de artículos que aquí estamos presentando no apunta directamente a cuestionar aquella interpretación acerca de un “cambio de época” que se ha convertido en un principio naturalizado en nuestros días. Sin embargo, los distintos trabajos tienen en común partir de una mirada que erosiona no pocos de sus supuestos. El primero tiene que ver con aquella reducción violenta que generalizar acerca de América Latina supone: el giro consistente en la llegada al gobierno de fuerzas políticas de izquierda, asociado muchas veces a una reacción a las políticas pro mercado de los años 90, estuvo lejos de ser una realidad palpable a lo largo y

ancho de la región. Nada menos que países de particular importancia como México y Colombia, el segundo y el tercero más poblados de la región, atravesaron procesos particulares que quedaron al margen de esa caracterización general. Pero tan pronto como intentamos construir cualquier tipo de dicotomía que preste inteligibilidad a territorios y experiencias políticas diferenciadas, encontraremos procesos de mayor escala que atravesaron por igual a aquellos fragmentos caracterizados por aupar gobiernos de muy distinta orientación política: la emergencia de una nueva potencia como China, que se sienta a la mesa de los grandes inversores en la región, o el creciente proceso de concentración en materia de comunicaciones, imponen desafíos comunes a los diferentes países de la región.

El artículo de Guillermo Pereyra que abre este dossier analiza la catástrofe de un México asolado por la violencia. El desmantelamiento de aquel Estado heredero de la institucionalización del proceso revolucionario, caracterizado por una acción represiva centralizada y un ordenamiento verticalizado de la violencia proveniente de la economía ilegal (narcotráfico, trata y tráfico de personas, relaciones de expoliación), dio paso a un continuum de violencia en el que las mafias privadas y estatales constituyen cuerpos deshechos y continuamente reconstruidos. Grupos criminales que hacen de la violencia su modo de vida y fragmentos autónomos del Estado que imitan su comportamiento fuera de todo principio de ordenación jerárquica, con lealtades políticas y económicas inestables y fragmentadas a lo largo y ancho del territorio, han llevado al país a una situación límite. La llamada guerra contra el narcotráfico ha tenido como consecuencia una pluralización y proliferación de los núcleos violentos. Pero la violencia en México no puede ser reducida al narcotráfico: nuevas y viejas violencias y odios se anudan en una escalada sin fin en una sociedad en la que la visibilidad política consiste en que, para poder aparecer públicamente, hay que ejercer la violencia, situación ésta que permanentemente amenaza la constitución de un espacio político público en México. En este marco de exhibición de la violencia y ocultamiento de sus víctimas, la desaparición forzada de cuarenta y tres estudiantes en el estado de Guerrero en septiembre de 2014 supuso, de una parte, la mostración más descarnada del estado de descomposición del país, pero también esbozó un punto de inflexión: aquella sociedad que había sido capaz de ignorar las más de 23.000 desapariciones y 100.000 muertes desatadas en la última década comenzó a ponerle un rostro y un nombre a sus víctimas, intentando protagonizar un incipiente ejercicio de memoria y un reclamo de justicia.

En su trabajo “China en América Latina: del Consenso de los Commodities al Consenso de Beijing”, Maristella Svampa y Ariel Slipak parten de una aguda reconstrucción de las transformaciones económicas y sociales que, iniciadas en las postrimerías de los años 70, llevaron a la República Popular China a convertirse en un actor de primer orden en el escenario geopolítico y económico mundial, llegando a ser en nuestros días la segunda economía del globo y el tercer emisor global de flujos de inversión extranjera directa. Los autores analizan pormenorizadamente la relación entre la potencia asiática y América Latina, advirtiendo que el 90% de las inversiones de aquel origen en la región está destinada a recursos naturales, principalmente petróleo y minería pero también madera; y, ya sea a través de la producción directa o el control de la comercialización, agronegocios. Las inversiones

en infraestructura se han orientado al transporte de los productos primario-extractivos y en la mayoría de los casos incluyen cláusulas que obligan o privilegian la compra de insumos chinos. El avance de China como financista externo en la región también ha tomado la forma de “préstamos condicionados por commodities”, esto es, que utilizan como garantía el petróleo o alguna materia prima de los países deudores. Como contrapartida, América Latina compra a China productos de mayor valor agregado y el comercio bilateral tiende a hacerse deficitario en la mayoría de los países de la región. Lo que aparecía inicialmente como una fuerza capaz de contrarrestar el papel de los Estados Unidos en América Latina, pasó así a convertirse para los autores en la creciente consolidación de nuevas y vertiginosas relaciones asimétricas que empezarán a delinear las nuevas formas económicas, sociales y políticas de una configuración neodependentista.

El artículo de Martín Becerra y Guillermo Mastrini construye una imprescindible cartografía de la concentración mediática en América Latina. Los índices de concentración de la propiedad de medios de comunicación en la región serían los más altos del planeta, llegando las cuatro primeras empresas a dominar aproximadamente un 80% del mercado. Las telecomunicaciones en primer lugar y los medios audiovisuales en segundo término, constituyen las actividades económicamente más potentes del sistema convergente de información y comunicación. Allí radica la razón de que muchos operadores radicados en estos sectores avancen en fusiones y compras de grupos editoriales dando forma a los conglomerados que caracterizan el actual escenario regional. El trabajo realiza una reconstrucción de la trayectoria de los principales grupos empresarios de medios que operan en América Latina, desde México hasta Argentina, así como del tipo de relaciones que establecieron con el Estado. La concentrada estructura regional de medios fue el resultado histórico de una actitud favorable a la misma de los diferentes Estados, al tiempo que se difundió por décadas la máxima mercantilista de que cualquier regulación constituía un ataque a la libertad de prensa. Esta realidad explica que, en el marco de reconfiguración de las modalidades de la intervención estatal en el espacio público y consecuentemente en la comunicación industrializada, el tema de la concentración apareciera como un eje central de los intentos de regulación, duramente resistido por el sector empresario.

Esta impronta de pensar a contracorriente esos pliegues en que lo homogéneo estalla en heterogeneidad y lo distinto se colorea con tonos y alternativas comunes se cierra con dos trabajos que precisamente ponen en cuestión algunas de las polaridades que atraviesan nuestra forma de entender el presente: el artículo de Eduardo Rinesi sobre “Populismo y republicanismo” explora con sagacidad el camino de deconstruir una oposición que se ha convertido en sentido común de legos y académicos a la hora de comprender aspectos centrales de la realidad política de nuestros días. El título ya nos anuncia el difícil ejercicio de horadar una distinción excluyente que dividiría a los distintos gobiernos surgidos de la voluntad popular en republicanos “o” populistas. Poniendo el acento en un heurístico “y”, Rinesi explora aquello que ambas tradiciones tienen en común y lo hace guiado por el hilo de Ariadna del Maquiavelo de los Discursos sobre la primera década de Tito Livio. Formas no evidentes de conciliar lo particular y lo universal que subyacen a ambas experiencias

así como mecanismos comunes de gestión del conflicto y el orden social conmueven, en un texto polémico, aquellos supuestos que animan muchas de las precarias certezas con las que estructuramos nuestra comprensión sobre la política.

El artículo de Fernanda Maidana que cierra este dossier aborda la sucesión en el liderazgo del peronismo salteño en las elecciones de 2007. El trabajo es particularmente interesante por dos razones fundamentales. En primer lugar porque aborda un problema que ha caracterizado al peronismo a lo largo de la historia: la crisis sucesoria que habita en los liderazgos personalistas excluyentes. Salta era en este aspecto un caso distinto en el que el líder partidario, enfrentado con el gobierno nacional, cohabitaba con un segundo al mando con diferente perfil y gran poder territorial. Lo que aparecía como una sucesión segura no tardó en convertirse en un conflicto de proporciones ante la desconfianza del propio líder y su entorno hacia quien, a pesar de sus matices diferenciadores, aparecía como el seguro candidato oficial. El segundo aspecto que hace relevante al texto está dado por el tratamiento de la relación entre la política provincial y la política nacional. La situación previamente descrita aupó en la gobernación a Juan Manuel Urtubey, un dirigente que había roto con el oficialismo provincial para alinearse con el kirchnerismo que gobernaba la nación. Paradójicamente Urtubey concitó los votos tanto de quienes querían un cambio a nivel provincial, como de quienes disconformes con el candidato del peronismo provincial, buscaban un liderazgo que significara la continuidad de la administración saliente. Las elecciones salteñas de 2007 iluminan la complejidad que ha caracterizado a no pocas de las administraciones calificadas como “progresistas” en América Latina al ser observadas a nivel subnacional. Un espacio en el que las rupturas trazadas a viva voz desde el poder nacional toman la forma de una compleja hibridación con aquel pasado que se pretendía dejar atrás.

A través de distintas perspectivas de análisis y diferentes contextos, los unos nacionales, los otros regionales, el dossier que estamos presentando busca precisamente iluminar, repensando a contrapelo de las principales líneas de interpretación vigentes, algunos aspectos centrales de la sociedad y la política latinoamericana de los últimos años.